

45
años

Las Abuelas nos cuentan

Una nueva colección
por el derecho a la identidad



 **la educación**
nuestra bandera



ABUELAS
DE PLAZA DE MAYO



Ministerio de Educación
Argentina

Presidente

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Dr. Juan Luis Manzur

Ministro de Educación

Lic. Jaime Perczyk

Unidad Gabinete de Asesores

Prof. Daniel José Pico

Secretaria de Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Lic. Alejandro Horacio Garay

45
años

Las Abuelas nos cuentan

Una nueva colección
por el derecho a la identidad



**Dirección de Educación para los Derechos Humanos,
Género y Educación Sexual Integral**

Directora: María Celeste Adamoli

Responsables editoriales: Violeta Rosemberg y Paula Bombara

Edición: María Silva

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

Programa Educación y Memoria

Coordinadora: Cristina Gómez Giusto

Equipo: Ignacio Amoroso, Leandro Araoz Ortiz, Pablo Guerra, Paula Guitelman, Emmanuel Kahan, Mónica Katz, María Florencia Osuna, Julieta Santos, Sol Steinman, Wanda Wechsler

Abuelas de Plaza de Mayo: Irene Strauss y Natalia Monterubbianesi

Plan Nacional de Lecturas

Coordinadora: Natalia Porta López

Equipo: María Aranguren, Verónica Varela, Elizabeth Sánchez

Agradecemos la lectura y comentarios de la Dirección Nacional de Educación Inicial y de la Dirección Nacional de Educación Primaria.

Coordinación de Materiales Educativos

Coordinadora general: Alicia Serrano

Ministerio de Educación de la Nación

Las Abuelas nos cuentan: 45 años: una nueva colección por el derecho a la identidad / 1a ed

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación, 2022

78 p.; 21 x 15 cm. - (Las abuelas nos cuentan)

ISBN 978-950-00-1654-4

1. Derechos Humanos. 2. Formación Docente. I. Título

CDD 371.32

Impreso en Argentina

Ministerio de Educación de la Nación

Pizzurno 935, CABA

República Argentina

Material de distribución gratuita. Prohibida su venta.

Las Abuelas nos cuentan

Las historias que cuentan las abuelas y que compartimos en esta antología elaborada por el Ministerio de Educación y las Abuelas de Plaza de Mayo, abren mundos, ponen en diálogo distintas generaciones y asumen el legado de una democracia con Memoria, Verdad y Justicia.

La literatura es, como la escuela misma, una puerta de entrada a los derechos, a la construcción de lazos y de un mundo común. Esta antología es una invitación a compartir prácticas de lectura. Se trata de pensar la literatura y el derecho a la lectura como parte de una agenda de derechos y formación de ciudadanías.

Leer literatura puede ser una experiencia personal, hacerlo de manera colectiva en la escuela constituye un desafío pedagógico. Así como cada lectora o lector, cuando abre un libro, inicia búsquedas de significación en las que intervienen numerosos factores, la actividad docente que propone y orienta estas prácticas necesita sostenerse no solo en intereses, sino también en posicionamientos sobre la literatura y el mundo que nos rodea.

Nuestras Abuelas de Plaza de Mayo cumplen 45 años de lucha y de búsquedas que desde la educación nos proponemos acompañar, porque entendemos que es fundamental restituir la identidad a todas aquellas personas que han sufrido de modo directo las consecuencias de la última dictadura.

Las nuevas generaciones son fundamentales en esta tarea, conocer qué fue lo que pasó, por qué sucedió y comprender que sus consecuencias persisten. Un modo de conocer la inmensa tarea de las Abuelas es a través de la lectura y el trabajo en cada una de las aulas, por ello hemos lanzado distintas herramientas para replicar su labor. Conocer el pasado es fundamental para pensar nuestro presente y construir el futuro.

Hoy estamos acercándoles a niñas y niños esta colección de cuentos porque entendemos que a partir de la literatura podrán sostener diálogos con sus docentes y conocer quiénes son esas Abuelas, que son las abuelas de toda la sociedad argentina. Esperamos que estas páginas despierten curiosidad, compromiso y escucha para construir entre todas y todos una sociedad más justa e igualitaria.

Jaime Perczyk
Ministro de Educación de la Nación

Carta de las Abuelas

Queridas chicas, queridos chicos:

Las Abuelas estamos felices de compartir con ustedes estos cuentos que, seguramente, disfrutarán tanto como nosotras. Elegimos cada historia con mucho cariño, imaginando una sala de lectura compartida repleta de chicas y chicos y, también, de silencios, de risas, de preguntas y de miradas curiosas.

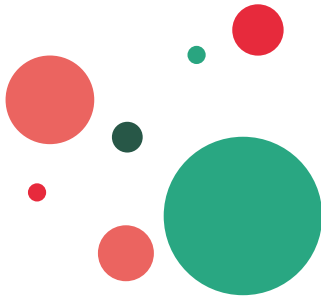
Porque con estos cuentos podemos viajar por otros mundos y otros tiempos, podemos divertirnos y, también, podemos emocionarnos o quedarnos pensando.

Somos abuelas y nos mueve el amor. Por eso, las y los invitamos a que compartan estas lecturas en familia, en sus salas o aulas, o con sus amigas y amigos, para que sean también ustedes quienes muevan esta rueda de amor colectivo.

¡Esperamos que les gusten mucho!

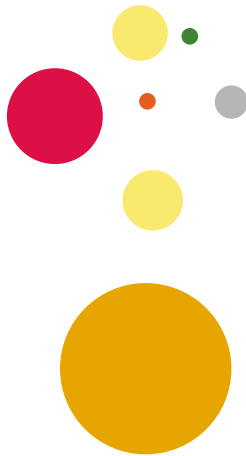
Un fuerte y cariñoso abrazo de abuela.

Las Abuelas de Plaza de Mayo



Índice

| | |
|---|----|
| Bebé trompeta, S. Schujer y Elissambura | 9 |
| Las orejas, A. Ferrari y M. Aguirre | 11 |
| El reencuentro, R. Urretabizkaya | 12 |
| El caballo que perdió la cola, J. Villafañe | 14 |
| Yo, ratón, L. Devetach y C. Bernardini | 19 |
| El gato verde, I. Rivera y M. Calderón | 21 |
| Vicente y Sofía, R. Urretabizkaya | 22 |
| Abuela de trapo, A. Durini | 24 |
| Soy, M. Méndez y A. Sarli | 29 |
| Cuenta, R. Mariño y P. Bernasconi | 31 |
| Sobre Luisina, P. Bombara y M. Trillo | 33 |
| Todas las respuestas, A. Basch y X. García | 35 |
| ¡Canta, Nakín!, L. Bodoc | 36 |
| La frontera, M. Elberger | 39 |
| Tambor, F. Vaccarini y G. Burin | 47 |
| Hay un pueblo, L. Escudero y D. Moscato | 49 |
| La canción más corta y más larga del mundo, N. Schuff | 50 |
| Manuel no es Superman, P. Bombara | 58 |
| Lección de piano, M. T. Andruetto y P. Bernatene | 65 |
| Aquella pregunta, L. Bodoc y V. Bilotti | 67 |
| Sobre quienes escribieron e ilustraron esta antología | 69 |



BEBÉ TROMPETA

El bebé trompeta
nació musical
de papándereta
y de mamá timbal

¡Vaya nacimiento!
¿Será una excepción
un bebé de viento
y no de percusión?

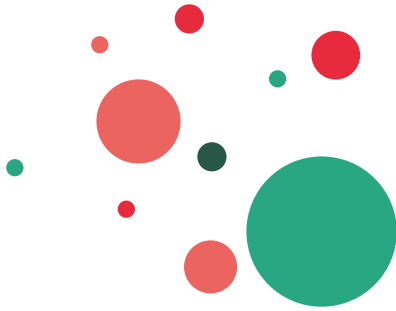
Hermosa criatura
repica un tambor
y la partitura
se muere de amor

No entiendo al destino
se queja la tía
tener un sobrino
que no es batería

La madrina cauta
le pone un chupete
que parece flauta
pero es clarinete

Preguntan los chelos
con suave lirismo
¿irán los abuelos
al raro bautismo?

Es que el bello niño
provoca, por cierto,
vientos de cariño
y un nuevo concierto.



LAS OREJAS

Las orejas, dice la abuela. ¡Las orejas! Lucas se ríe y corre tapándose las orejas, aunque sabe que es broma, que ella no se las va a morder. Tiene las orejas grandes y salidas hacia afuera y por eso en el colegio algunos le dicen Orejudo, pero a él no le importa; aunque pudiera, no se las cambiaría. A veces mira la foto de su papá, que también las tenía así, grandes y salidas. ¡Las orejas! vuelve a oír y Lucas corre escaleras arriba y abajo, hasta que no da más y termina en la falda de su abuela.

Ella se deja tocar las orejas ocultas debajo de los rulos grises.
Son grandes.



El reencuentro

Rafael Urretabizkaya

Dora, lagartija de larga fama en aquel piedrero patagónico donde el frío saca chispas y el calor embalsama, decidió que era tiempo de salir a conocer el mundo.

“O por lo menos otro cachito del mundo que este donde habitacionamos, medio flacos de preguntas”.

Así parece, le dijo a su prima con la cara apuntando al viento de abajo, que en noviembre se pone revoltoso y perseguidor, como abrojo en las medias.

Rodeó la piedra chica, como tantas veces, la piedra grande y por fin, midiendo cada pisada, arrancó por una arenita inaugural.

Por el lomo sintió las miradas de amistades y vecinas, y antes de arriesgarse a mirar para atrás y desarmar las preguntas, prefirió hacerse un pique. Es que la larga fama de Dora era justamente a causa de su velocidad.

Un matuasto la vio llegar, sorprendido por su estilo refucilante:

—¿Dónde va tan apurada?

—Voy nomás —contestó Dora, segura de saber que su respuesta era también una pregunta para el otro.

—¿Y por qué la velocidad? —insistió el matuasto, bicho de fama estática como pocos.

—¿Y por qué no?

El matuasto como respuesta movió el cogote adelante y atrás. Un movimiento que, para animal tan recatado, significa casi todas las cosas.

Dora entendió lo que pudo, le hizo un pestañeo de lagartija de mundo y ahí nomás se pegó otro pique como verdadero fogonazo. Fue a frenar en seco contra un sapo que se debatía justo en ese momento sobre si hacer una siesta larga o acostarse temprano.

—¿Dónde va tan apurada? —preguntó, más curioso por el motivo de la velocidad que por el lugar de destino.

—Voy nomás —contestó Dora.

—¿Y por qué frenó entonces? —arremetió el adorador del sesteo.

—¿Y por qué no?

El sapo se quedó duro, como antes y después, y Dora tiró un saludo revoleado y encantador y salió picando como nunca. Llegó junto a dos cascarudos que noviabán atrás de una tosquita.

—Epa, ¿dónde va? —preguntaron sin soltarse las antenas.

—Voy nomás.

—Sí, muy interesante —dijeron sin aflojarle a los cariñitos— el mundo está lleno de lugares como para que usted siga viaje.

Esta vez fue Dora la que quedó moviendo el cuello adelante y atrás como el matuasto, para después quedarse quieta como el sapo y después sentirse sola, distinto que los cascarudos.

Les dijo chau y salió tranqueando.

Diga que iba despacio, entonces alcanzó a escuchar una lagartija abuela que hacía fuerza para hablarle y lo mismo le salía voz chiquita.

—¿Dónde vas, tan despacito? —le dijo despacito también, como para que haga juego la pregunta con el volumen.

—Voy nomás, pero creo que ya llegué.

—Creés bien —dijo la lagartija, justo justo cuando se desataba el pañuelo de la cabeza para mirarlo, para mirarla, para mirarlo, para mirarla y así las tantas veces necesarias hasta saber que era su nieta.

Quedaron encontrándose la abuela con su nieta. Brillando como piedritas. Hasta la noche, hasta tomarse de la mano, hasta acordarse de cosas que no tienen apuro.

El caballo que perdió la cola

Javier Villafañe

Esta es la historia de un caballo que perdió la cola. Era un caballo blanco con una larga cola blanca. Un día, al cruzar un arroyo, vio en el agua su belfo mojado, sus orejas puntiagudas, sus cuatro patas, y no vio su cola. Entonces, se detuvo; miró hacia atrás, y la cola no estaba.

—¿Dónde olvidé mi cola? —se preguntó el caballo blanco.

Retrocedió. Fue a buscar la cola. La buscó entre unos tréboles; después fue a buscarla donde había comido flores de cardo. Reconoció sus huellas, y la cola no estaba.

Y volvió a preguntarse:

—¿Con qué espanto las moscas en verano?

Y agregó:

—Quizás la olvidé en el agua.

Regresó al arroyo. Miró hacia el fondo, abajo. Vio unas piedras limpias; vio pasar el agua; vio raíces, unos troncos; vio unos peces, un botón; vio un pez largo, delgado, y la cola no estaba.

—Estuve... —trató de recordar—. ¿Dónde estuve? Recuerdo que esta mañana al despertar tenía mi cola. Recuerdo —añadió— que tenía también mi cabeza, mi cuello, mi lomo. Y había un perfume a yerbabuena. Después...

(La pampa es larga, ancha. Ni el cielo la limita, ni unos postes con alambres de púa. El ojo ve donde se juntan cielo y tierra; pero la

pampa va más lejos. Siempre hay un pájaro, una nube, un molino, un hombre caminando que no llega.)

—Quizás —se dijo el caballo— nunca tuve cola. Quizás llevaba atrás la rama de un árbol, la rama de un sauce.

Se puso triste. Lloró unas lágrimas redondas, espesas. Y se tendió en la hierba sollozando.

—Un caballo sin cola no es nada —dijo.

Y se quedó dormido.

Esa noche soñó el caballo blanco. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! Sus patas en el agua. ¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! Su cola en el agua.

Y vio en un trebolar su cola alta y su cabeza abajo, su belfo abajo, sus dientes masticando. Y vio entre los cardos su cola arriba, alta, y sus dientes mordiendo espinas, tronchando tallos que crujían, y el belfo a ras de tierra.

Y vio el campo que se abría como un abanico. Y él sintiendo unas espuelas, un látigo, unas riendas, un hombre, y atrás su cola en el viento que lo iba llevando por una luz altísima.

Y vio en el sueño su cola enorme, su cola de caballo bajo la lluvia. Su cola y un hombre arriba, sudando, con un mensaje entre la camisa y el pecho.

Y vio en el sueño su larga cola mansa, y un hombre silbando que lo llevaba lentamente, y un llegar donde hay fuego, y donde una voz canta y suena una guitarra.

Y vio en el sueño su cola luminosa, inmensa, colgada entre un árbol y la luna, y él subía detrás, buscándola.

Al día siguiente despertó el caballo blanco y se preguntó:

—¿Cómo puede haber en un sueño una cola tan larga?

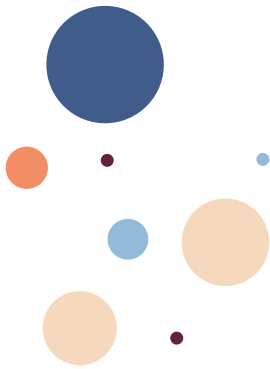
Miró hacia atrás y...

(Señoras, caballeros, niños; hay que darle fin al cuento. Tengo un papel, una lapicera; puedo escribir —este es mi oficio—: “Al despertar, el caballo blanco no tenía cola; la había perdido entre unos tréboles;

fue a buscarla, y no la encontró”. O bien, escribir: “Al despertar, el caballo blanco encontró su cola; se le había perdido y la halló al pie de un cardo, o a la orilla del agua, y fue feliz”.)

(Le ponemos la cola; es mejor. Pero no esa cola inmensa, luminosa como la de un cometa, que llegaba desde la copa de un árbol a la luna. No, le ponemos una cola razonable y útil; la cola de un caballo, y puede ser larga, puede llegarle hasta la corva o más abajo, a los garrones. Una cola que la moje la lluvia, que se llene de abrojos o que a veces se le enreden esos hilos sedosos de una flor de sapo o algunas mariposas muertas o la baba del diablo. Una cola que pueda espantar las moscas en verano.)

(Además, ¿quién ha visto un caballo sin cola?)



Yo, ratón

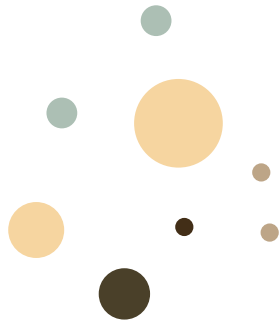
Si el mundo fuera solo pasto
yo sería hormiga
conejo
caracol
oruga.

Si fuera madera y corteza
haría mi casa en cada pequeño lugar.
Sería lombriz si todo fuera tierra
pez, si todo se volviera agua
oso blanco si cayeran los cristales del frío.

Si el mundo fuera pradera, peña,
charco
trotaría yo caballo
yo cabra
yo rana.

Si el mundo fuera
una sola roca quieta
yo, ratón
la roería.







El gato verde

Este era un gato verde.

Único gato verde en todo el mundo.

- Los gatos verdes no existen -dijo un gato gris.
- Los gatos verdes no existen -dijo un gato rubio.
- Los gatos verdes no existen -dijo un gato negro.

Al gato verde le dio cosa no existir.

Se revolcó en tierra suelta y quedó hecho un gato pardo.

- Hoy he visto un gato verde -le dijo el gato negro.
 - Hoy he visto un gato verde -le dijo el gato rubio.
 - Hoy he visto un gato verde -le dijo el gato gris.
 - Imposible -dijo, dijo y dijo el gato pardo-.
- Los gatos verdes no existen.

Y se puso a maullarle a la luna.



De *En la punta de la lengua*, Sudamericana, 2012



Texto: Iris Rivera / Ilustración: Marcela Calderón



Mar Calderón

Vicente y Sofía

Rafael Urretabizkaya

Vicente se enamoró de Sofía una primavera que gustó habitacionar en el bajo ese que se arma detrás de la tosquera de Huaiqui. En ese lugar y en esa época, el llantén se pone de un verde refucilante, parece que a cada rato le pasaran un trapito pero no es cuestión de higiene, es así nomás.

Vicente por esa época sesteaba en el llantén, come un poquito de llantén, se refleja en el llantén y se pone color llantén.

Se enamoró de Sofía y a ella también le gustó ese lagarto verde brillante lustroso como el rocío, ¡qué digo el rocío!, como un charquito de madrugada.

Lo que pasó es que la primavera se fue, el verano se vino seco y el polvo se subió arriba de todas las cosas. El llantén se opacó primero y se achicharró después.

Vicente la fue a ver a Sofía (que la verdad es una lagarta muy bonita) con el amor todavía en primavera.

Ella no lo conoció ni de lejos, ni de cerca.

Recién después de un rato se dio cuenta de que aquel lagarto opaco y gris era el mismo verde y brillante que la había deslumbrado.

Lo miró de arriba abajo evaluando las transformaciones y se lo dijo:

—Usted no es de fiar.

—Vea, son cosas del mimetismo —se animó Vicente.

—¿Le gustaría acaso a usted que yo fuera otra? —quisquilló la lagarta.

—Vea, yo prefiero que se mantenga Sofía.

—No ve —dijo Sofía con mueca comprobadora.

—Sí veo. Veo que usted también cambió de color con el verano y así y todo todavía me gusta.

Ahí Sofía se dio cuenta de que su enamorado tenía razón. Que pedir lo que no va es al cuete, como criar una ilusión con semillitas.

—¿Y cómo me conoció? —preguntó medio achicándose.

—Por su mirada —dijo el otro medio agrandándose.

Los lagartos se acercaron y, desafiando las estaciones y el mimetismo, se pusieron colorados primero y después azules, me parece.

Azules y rosados, como una montaña de suspiros.

Abuela de trapo

Ángeles Durini

Mi abuela de trapo nació unos años después que yo.

Vino de un palito y un pozo. Bueno, yo estaba revolviendo un pozo con un palito y pesqué un trapo. Es decir, a mi abuela. Tanto me había gustado, que la llevé colgando en el palito hasta donde estaba mi mamá.

—Tirá ese trapo embarrado. ¡Qué porquería! —gritó al verme.

—Es mi abuela —dije yo.

En ese momento, mi mamá debió hacer un cálculo rápido: si es su abuela, quiere decir que es mi...

Mi mamá pidió una bolsita al mozo. Estábamos en una parrilla al borde del río, era domingo, y sin tocarlo, puso el trapo adentro.

Cuando llegamos a casa, no esperó hasta el lunes, lo metió en el lavarropas con bolsita y todo.

Yo no le sacaba los ojos a la puerta del lavarropas y le pedí por favor a mi mamá que no tratáramos así a la abuela.

Mi mamá me dijo:

—Está en el hospital.

Después del quinto lavado, mi mamá se animó a meter los dedos adentro de la bolsa para sacar a la abuela. La abuela realmente tenía cara de abuela: la piel arrugada como pasa, ojitos chinos, medio peladita.

Le comenté lo de la cara a mi mamá; ella me preguntó que a dónde le veía yo la cara.

Mi mamá la revisó bien. Dijo:

—Bué, estas manchas no salen más.

Era verdad. El trapoabuela tenía tres manchas color té (ella era de liencillo, blanquito sucio o beige claro).

—Mami, todas las abuelas tienen manchas y no por eso las lavan cinco veces.

En eso, mi mamá intentó estrujar a la abuela con sus manos en la pileta de lavar. Pegué un grito, mi mamá desistió. Después, salió al patio y colgó a mi abuela patas para arriba con dos broches.

Yo le dije:

—¡Pobre abuela, se va a marear!

Ella me dijo:

—Dejame hacer.

Yo la dejé hacer. Cuando la abuela estuvo seca la descolgó. Luego fue a enchufar la plancha pero ahí no la dejé hacer más.

—No le saques las arrugas. No quiero una abuela planchada. Mi mamá se rio y se puso a buscar un piolín en el cajón de las herramientas. Después, un pedacito de algodón.

Puso el algodón en el centro de mi abuela trapo, justo donde mi abuela tiene la cabeza, y le ató el piolín al cuello. Entonces mi abuela parecía un fantasma. Se le veía la cabecita rellena, el piolín hecho un moño. Y después, el cuerpo triángulo: le quedaba bien y ella estaba contenta. Desde ese momento, mi abuela de trapo me acompaña a todos lados.

Instrucciones para encontrar a una abuela de trapo

Los pasos para encontrar a una abuela están en la historia de mi propia abuela de trapo, pero si querés te los repito:

1. Revolvé con un palito en un pozo embarrado donde no se vea el fondo, cerca del río.
2. Seguí revolviendo, hasta que sientas que el palito choca con algo.
3. Tratá de enganchar ese algo con el palito.

4. Una vez que lo tengas, tirá para afuera.
5. Lo que saques, será tu abuela.

¿Abuela de qué?

La mía, por ejemplo, es de trapo. Pero si sacás una ramita, la tuya será:

o si sacás una hormiga:
y así:

abuela de ramita
hormiga de abuela
abuela botón
abuela de suela
de lana la abuela
plumabuela
abuela madera
abuela de vidrio
botella de abuela
barcoabuela
abuela manzana
abuela de escarcha
abuelata
una piedra la abuela
abuela de pan
de agua
de luna y de flor





Soy

-¿Quién sos?

-me pregunta mi hija, que me tapa los ojos y se ríe.

Pienso rápido:

Soy la suma de mi sangre, de mi infancia, mis creencias, mis saberes y mis dudas.

Soy Méndez, como mi viejo, y también soy Vallejos, porque del lado de mi madre viene la otra mitad de mi historia.

Soy marplatense, porque bien dicen que la patria es la infancia.

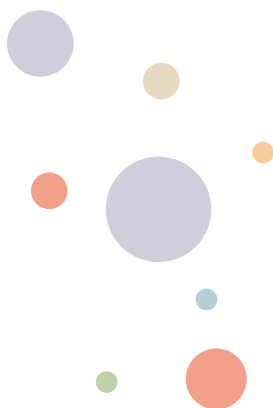
Soy docente, porque es el oficio para el que me formé.

Soy escritor, porque escribir es lo que más me gusta hacer.

-Soy papi

-le digo, contento. Y nos reímos los dos.



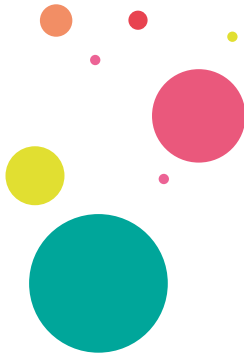


CUENTA

| | |
|------------------------------------|----|
| CABEZA | 1 |
| ABUELOS | 3 |
| CAMPEONATOS MUNDIALES DE BOCA | 3 |
| UÑAS | 20 |
| PESADILLAS DE GENTE SIN CABEZA | 1 |
| TIOS | 5 |
| ZAPATILLAS | 5 |
| HAZAÑAS | 1 |
| NOMBRES | 2 |
| ZAPATILLAS QUE TIRÉ POR EL BALCÓN | 1 |
| CANCIONES QUE CANTO CON MI MAMA' | 2 |
| AÑOS | 8 |
| PITO | 1 |
| PENALES ATAJADOS | 4 |
| INTESTINOS DELGADOS | 1 |
| FERIADOS QUE NO SE VA A LA ESCUELA | 15 |
| TOTAL | |

YO





A vibrant, stylized illustration of a woman with a large yellow cube for a head, sitting on a white mountain peak. She has large green eyes, red cheeks, and is reading a red book. The background is a teal color filled with various hand-drawn sketches of objects like a plane, a bird, a moon, and flowers. The title 'Sobre Luisina' is written in a bold, black, stylized font on the mountain peak.

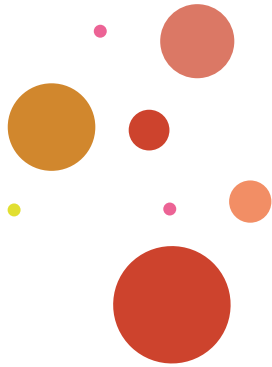
Sobre Luisina

Hoy a Luisina le dieron ganas de saltar charcos.
Pero le duele la cadera. “Y bueno”, se dice.
Y se sienta a leer.

Cuando rondaba los cincuenta, Luisina se propuso
escalar una montaña. Lo hizo. “Qué maravilla”, se dijo.
Y en la cima leyó el final de esa novela.

A los veinte años Luisina quiso conocer lugares nuevos.
“Voy a empezar por acá”, se dijo.

Y abrió un libro de poesías del mundo.
Hace mucho mucho tiempo, a Luisina la desesperaba no saber
leer. “Ya vas a aprender”, dijo mamá. Y ella salió al patio,
vio que había charcos y, con el libro entre los brazos,
se puso a saltar.



Todas las respuestas

A los ocho años Malena era un prodigio: podía contestar de manera instantánea cualquier pregunta. O casi.

Un día fue a un programa de televisión donde respondía sin dudar las preguntas más difíciles.

En el público había ministros y funcionarios. Sorprendidos, le preguntaron:

-¿Cómo aprendiste tanto en tan poco tiempo?

-La gente grande como ustedes cree que sabe mucho, pero nunca contesta mis preguntas.

Por eso decidí buscar yo misma todas las respuestas.

-¿Y qué es lo que te preguntás?



¡Canta, Nakín!

Liliana Bodoc

(compuesto por Paula Bombara a partir de fragmentos de *La Saga de los Confines*)

Para memorizar no alcanzan las palabras.

Debes recurrir a las formas.

A los colores.

A las banderas.

Y a la música.

Eso le habían dicho los maestros a Nakín de los Búhos antes de abandonar el tiempo mágico y pasar al tiempo solar.

La mujer, menuda como una niña, de voz tibia y decir claro, aceptó su destino.

Atravesó el tiempo, se reunió con los elegidos, alertó sobre el peso de la muerte, memorizó los códigos sagrados. Encerrada en la habitación secreta, leyendo a la luz de las lámparas de aceite, solo se detuvo las pocas veces que el cuerpo le pidió descanso.

Aprender. Desaprender. Aprender.

Permitir que la memoria te habite hasta ser con ella una sola.

Nakín, sin cerrar nunca los ojos, repitió la misma cosa durante muchos días, muchos años. Y solo esas palabras le importaron. Pero luego comprendió que no bastaba con obstinarse en retener sucesiones idénticas. Comprendió las palabras de los maestros de su clan: en la línea recta se fatigaba la memoria. Entonces, siguió el camino

de la línea que se tuerce y se retuerce, porque el trazo circular es más propicio para el recuerdo.

Cuando tampoco fue bastante, Nakín buscó el favor de la música. Y es que la música dispone de inmensidad. Más que el desierto y el horizonte.

Pero nuevos nombres y cifras se añadían. Crecía su cansancio.

Agitada, transformada en rumores sin sentido, Nakín trazó dibujos en su memoria. Una bandera para el número veinte. Para el número diez, media bandera. El cuatrocientos fue una pluma, el ocho mil fue una balsa. De ese modo, Nakín de los Búhos retuvo las edades y los años; todos los números del pasado.

Sin embargo, tampoco así fue suficiente. Ya sin espacio por dentro, lívida por fuera, Nakín pidió ayuda a los colores. Confió en ellos. Negro y rojo para la sabiduría, azul para la realeza, amarillo para el rumbo de las mujeres.

Al fin, Nakín de los Búhos cayó hasta el fondo de su fatiga. Cerró los ojos, cubrió con sus manos los signos de los códigos. Y dejó escapar por la boca entreabierta cada uno de los recuerdos que guardaba. Creyó, sin clemencia por sí misma, que era débil y apocada en su alma.

¿Y qué dices tú que es el tiempo solar? Es el tiempo que nos va dejando.

¿Y qué dices tú que es el tiempo mágico? La eternidad.

La mujer abrió los ojos para llorar. Y vio a través de sus lágrimas. Y aprendió por el llanto que la memoria solo perdura si se reinventa.

Nakín, entonces, reinventó lo grande, sigue reinventándolo —el nacimiento del Odio Eterno, la victoria en el desierto— y también lo pequeño —una tortilla, el gorro con flecos de colores, aquella paloma parda—. Reinventó y reinventa lo del sur y lo del norte, las traiciones, las desobediencias, recordará siempre de mil maneras las tristezas y la felicidad de celebrar a los héroes.

Cabe más memoria en un verso que la que cabe en mil veces mil palabras sin música.

¡Nakín, cántanos! ¡Reinventa la memoria! Balsa sobre balsa sobre pluma en azul. Continúa, para que no olvidemos.

Azul está cantando. Canta media bandera en rojo y negro. Reinventa los colores y los canta, los cantará siempre.

*Cuando todos se alejan, se queda la memoria sentada en una roca,
cuando todos descansan.*

Aquí estará, no dirá adiós.

*Si pasamos junto a ella y le preguntamos,
nos contará acerca de lo que fuimos.*

Pero luego no dirá adiós.

Porque queramos o no, nos quedaremos con ella.

La frontera

Marina Elberger

Ir a lo de la bobbe Fany con los primos era una fiesta.

Adoraba a la bobbe. Adoraba apretar las “bolsitas” de piel que le colgaban de los brazos, aunque a ella no le gustaran. “El salero”, les decía, “cosas de vieja”. Además, me gustaba que se vistiera con pantalón y blusa; no como las abuelas de algunas compañeras del cole, que solo usaban polleras largas o vestidos grises. Ella era coqueta y tenía la mejor colección de aros y collares de perlas de nácar, de caracoles, de ámbar. De cada viaje, traía un collar. Y yo me los probaba todos. Sabía dónde guardaba cada uno: en el cajón de la mesita de luz, en la caja de madera sobre la cómoda o en la bolsa con olor a naftalina del segundo estante del placar.

Adoraba que me contara cuentos cuando me quedaba a dormir, aunque los protagonistas siempre fuéramos mis primos y yo: “Silvita en el zoológico”, “Julito en el botánico”, “Un picnic de primos en Palermo”. Eran aburridísimos, pero me gustaba oír su voz y su español mal pronunciado y sentir el peso de su cuerpo sobre la frazada de lana. *Cologín cologado...*, decía al final con ge porque la erre no le salía.

Y adoraba sus blintzes de queso, sus varénikes de papa, sus knishes...

En casa yo vivía en penitencia porque según mamá era una nena quilombero, rebelde. Tanta penitencia que ya ni me importaba. Si me dejaban sin tele, me leía por enésima vez las *Billiken*, revistas que no me quitaban porque eran educativas.

Pero en la casa de la bobbe era otra historia. Nos dejaba hacer casi cualquier cosa.

Desde que entrábamos corríamos con los primos por el pasillo, jugábamos al cuarto oscuro, a la mancha, a las escondidas, a la guerra de almohadas. Vaciábamos la alacena entera sobre la mesada para transformar la cocina en el almacén “Las primas”. A Julio, que era el único varón, siempre le tocaba hacer de almacenero. No quedaba claro si era dueño o empleado, pero en el nombre del negocio figurábamos solo nosotras. Éramos las finas vecinas del barrio. Las señoras Silvia, Mabel, Marta, Cristina y Patricia, que íbamos a comprar. Un montón de señoras éramos, pobre Julio. Y todas apuradas, con mucho que hacer y poco tiempo que desperdiciar en la cola.

—Quiero una taza de arroz blanco, con todos los granos parejos.

—Sí, señora, ya le doy —decía Julio.

—Deme tres cuartos de harina común y un pocillo de harina leudante. Solo un pocillo.

—Sí, señora, ya le doy —repetía.

—Necesito media docena de huevos que no tengan plumas pegadas.

—Sí, señora, ya le doy.

—A ver... no sé... déjeme ver. Ahora le digo qué quiero.

—Sí, señora, ya le doy.

En ese tiempo, creían que no era cosa de hombres hacer los mandados. El abuelo solo iba los domingos por torta de ricota a la panadería de la calle Gurruchaga. A mí Gurruchaga me sonaba a lechuga. Y la torta, no sé, porque para mí si no tenía dulce de leche ni chocolate, no era torta de verdad.

Mi juego favorito era La Tienda. Vaciábamos el placar entero de la bobo sobre la cama y cada una armaba su sección, como en las grandes tiendas que había en la calle Florida. Julio tenía mala letra y no se entendía si escribía uno o siete, pero le dejábamos la caja porque era bueno para matemática. Pero de pilchas y collares no entendía ni jota.

Mi sector, sin duda, el más refinado, era la peletería. Mientras esperaba a las clientas, me iba probando uno por uno los tapados. ¡Me quedaba una baranda a naftalina...! Mi preferido era el de astracán.

Creía que era de oveja negra, porque tenía rulitos suaves, aunque la abuela decía que eso era un disparate. Hasta que un día Julio, que era un traga (y un aguafiestas), me informó que era de piel de cordero recién nacido, o peor, de uno que no había nacido; y que para hacer ese abrigo, seguro habían matado por lo menos cinco dulces corderitos. ¡Qué desgraciado! Desde ese día, abandoné la peletería y me dediqué a las joyas.

A mamá y a las tías les parecía una “barbaridad el despelote que hacíamos”. Te desordenan todo, los dejás hacer cualquier cosa, qué necesidad, decían. Pero la abuela, por suerte, no les hacía caso.

—Son chicos y pueden jugar —contestaba. Y barría la harina del piso de la cocina; juntaba almohadones y los acomodaba en la cama. Hasta venía a La Tienda.

—¿*Tengrá* algún modelito nuevo para *mostragme*...? Tengo el cumpleaños de mi nieta mayor... —decía con tono cómplice.

Pero la bobbe, además de coqueta y juguetona, tenía sus cosas raras. A lo mejor, eran cosas de vieja, como las “bolsitas” de los brazos.

Había un cuarto al final del pasillo al que solo ella entraba y no quería que la acompañáramos. Ese no era un lugar de juegos; era un lugar especial, con adornos caros y delicados que se podían romper. Tenía su sillón de terciopelo marrón y su colección de muñecas de porcelana.

—A la abuela no le gusta que le toquen sus cosas —nos explicaba mamá.

Los viernes, cuando empezaba a oscurecer, la bobbe se encerraba en ese cuarto.

Parecía otro mundo, lejos de los ruidos y de los olores de la casa, y la puerta de roble, la frontera que lo separaba.

A mí ese lugar me daba un poco de miedo. Sobre todo las muñecas, especialmente una a la que faltaba un ojo. Le decíamos *La tuerta* y con solo mencionarla, Marta, mi prima menor, se ponía a llorar.

Un día, jugábamos a las escondidas —Julio ya casi terminaba de contar— y yo todavía no encontraba dónde esconderme. Marta ya

estaba en el baño; Mabel en la cocina; Cristina en el balcón; Patricia debajo de la cama. Corrí hacia el fondo del pasillo; la puerta del cuarto estaba abierta y no había nadie. Entré y, no sé por qué, me metí adentro del armario.

—98, 99... ¡100! ¡Punto y coma, el que no se escondió se embroma! —gritó Julio.

Apenas escuchara a Julio buscándome por la otra punta, correría hasta tocar la piedra y listo. No podía fallar.

En ese momento escuché la puerta del cuarto que se cerraba y la voz de la abuela que murmuraba. Eso no estaba en mis planes. Para tranquilizarme pensé que seguro en cualquier momento la bobo se iba a preparar un té o se iba a contestar el teléfono. Pero pasaban los segundos, los minutos y seguía ahí. En el único cuarto de la casa donde no éramos bienvenidos.

Y ahí estaba yo, adentro del armario, espíandola a través de la rejilla de la ventilación.

La vi ponerse un pañuelo sobre la cabeza, prender las velas y decir la Brajá y, sentada en el sillón de pana marrón, sacar unas fotos de la caja que estaba sobre la mesa ratona. Apoyó algunas sobre su pollera, otras sobre la mesa.

Y empezó a hablar en idish, igual que lo hacía con el abuelo para que los demás no los entendiéramos. Tampoco ahora entendía una palabra, ni por qué hablaba con esas fotos. Las miraba, las acariciaba con sus manos manchadas de pecas marrones.

Hasta que entre las palabras reconocí algunas: tienda, almacén, escondidas, la mancha. También, nuestros nombres, Marta, Silvia, Mabel, Patricia, Cristina, Julito...

Sentía los latidos del corazón tan fuerte, que temí que me delataran. ¿Qué hacía? ¿A quién le hablaba?

De pronto, como si hubiera oído mis pensamientos, se levantó y caminó hacia el armario.

—¡Qué hacés ahí! —gritó. Tenía una foto en la mano, que enseguida guardó en el bolsillo.

—Nada...

—¡Sabés que no me gusta que entren acá!

—Sí, pero... ¿Con quién hablabas...? —dije y señalé las fotos.

La abuela tanteó en el bolsillo, como si quisiera asegurarse de que seguía ahí, protegida. Las demás estaban sobre la mesa, fuera de la caja.

Permanecimos un momento calladas. Pensé que iba a echarme del cuarto, que iba a contarle a mi mamá.

—Vení, sentate —dijo y volvió al sillón. Yo me crucé de piernas en el piso, junto a ella.

Tomó aire profundo; parecía que le costaba hablar.

—Son mis primas —dijo, y de a una me las mostró—. Raquel... Ruth... Sara. Siempre jugábamos juntas. Hasta que yo me vine con mis papás a Argentina. Fuimos los últimos judíos a los que dejaron salir del pueblo... Y ellas... —dijo y la voz se le quebró.

La abracé y le acaricié el pelo gris ondulado.

Miré a esas nenas que posaban en las fotos, con vestidos y sombrero de otra época.

Yo sabía que la abuela había venido de otro país, escapando de la guerra. Pero ni siquiera sabía que ella tenía primas.

—¿Y a qué jugaban? —le pregunté y de nuevo se le humedecieron los ojos.

—Sara era la modista; Ruth la panadera; Raquel solo quería ser princesa y vivir en un palacio —dijo, mirando a cada una de las fotos. Se quedó un momento callada y siguió—. Yo siempre les hablo, les cuento sobre ustedes, de lo grandes y lindos que están, de lo que aprenden en la escuela, de sus juegos. Les hablo mucho de sus juegos, algunos tan parecidos a los que jugábamos nosotras y otros tan diferentes. Aunque no estén, yo igual les hablo. Las siento conmigo —dijo la bobbe, con su ge rasposa.

Todo eso largó de golpe. Ella, que jamás había nombrado a Raquel, ni a Ruth ni a Sara.

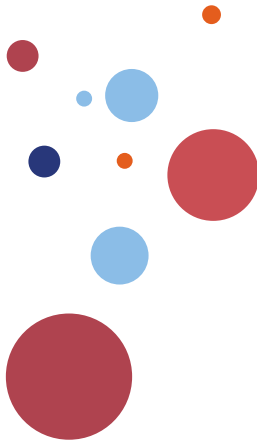
—Ahora vamos, nena. Ayúdame con la mesa, que debe ser tarde.

Me tomó de la mano; las tenía frías y se le notaban las venas azules.

Atravesamos el pasillo. Los primos jugaban a las escondidas y Julio protestaba que siempre lo hacían contar.

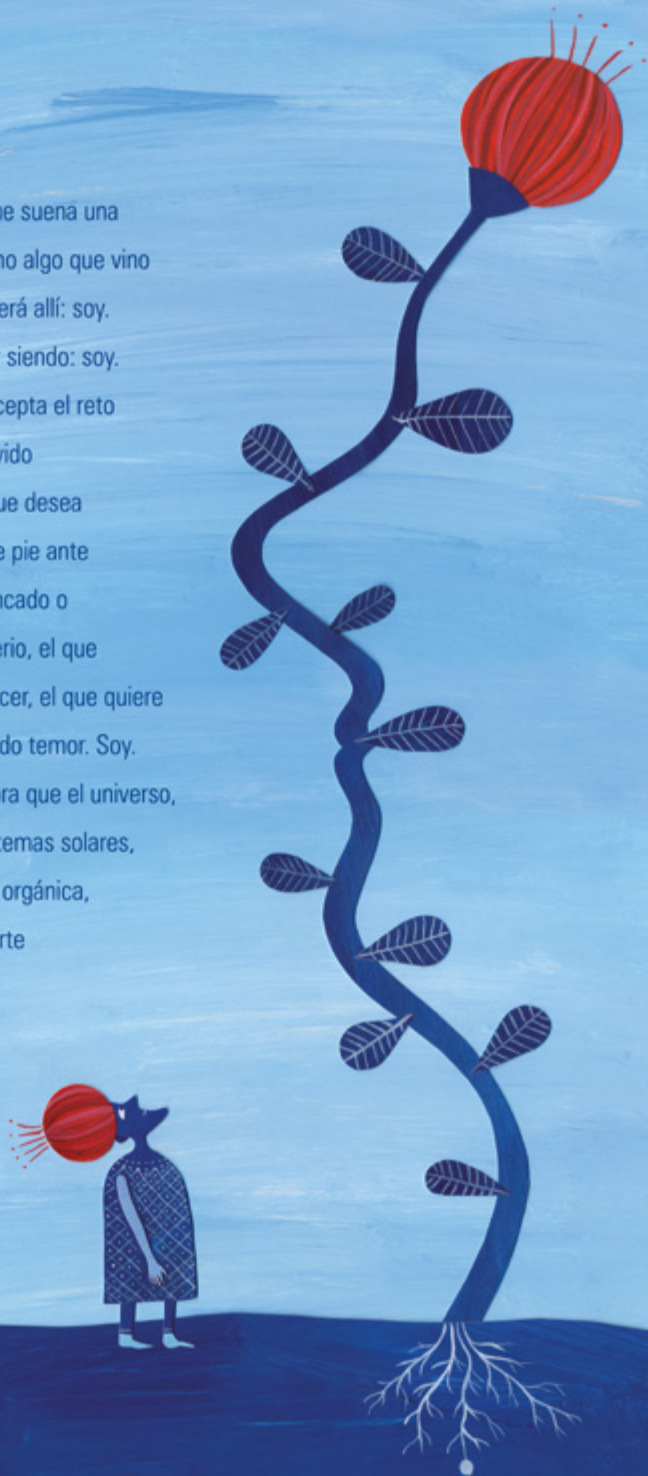
El viernes siguiente encontré la puerta del cuarto entreabierta. Las velas aún apagadas, la caja de fósforos a un costado. Y dos pañuelos esperando para el momento de la Brajá.

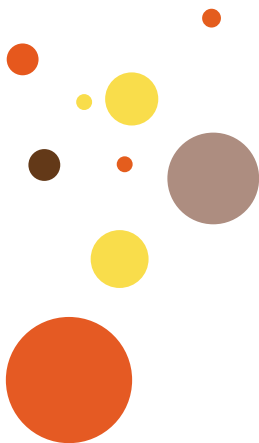
Sobre la mesita, ya no estaba la caja azul. Había tres portarretratos. Y dos sillas junto a la mesa.



Tambor

Como un tambor que suena una y otra vez: soy. Como algo que vino de otra parte y volverá allí: soy. El que quiere seguir siendo: soy. El que todavía no acepta el reto del silencio y del olvido inevitable: soy. El que desea despertar y estar de pie ante un alto y quizá intrincado o sobrehumano misterio, el que desea saber y conocer, el que quiere desprenderse de todo temor. Soy. El que quizá descubra que el universo, las galaxias, los sistemas solares, los mundos, la vida orgánica, la humanidad es parte de un todo simple.







HAY UN PUEBLO

HAY UN PUEBLO, SAN LUCAS, TIENE CINCO CASAS.

HAY CERROS, CARDONES Y UN RÍO QUE ALGUNAS VECES TRAE AGUA.

HAY UN NIÑO.

CAMINA HASTA UNA PIEDRA CON MARCAS ANTIGUAS.

PASA LA PUNTA DEL DEDO POR LA LÍNEA HUNDIDA, SIGUE EL TRAZO DE UNA CABEZA, BRAZOS, PIERNAS,
COMPLETA EL RECORRIDO.

COMO ESPEJO OPACO, LA PIEDRA, ATRAVIESA SIGLOS.

HAY UN SILENCIO QUE RECORRE EL MUNDO HASTA DONDE EL HORIZONTE ALCANZA.

HAY UN NIÑO Y HUBO OTRO Y OTRO ANTES QUE ÉL EN UN PUEBLO QUE SIEMPRE TUVO CINCO CASAS.

La canción más corta y más larga del mundo

Nicolás Schuff

Me acuerdo del patio de la escuela y del sonido de la campana.

Me acuerdo del primer día de clases y del último.

Me acuerdo del mate cocido.

Me acuerdo de cantar “Aurora” a la entrada y de recitar la “Oración a la bandera” a la salida. Me acuerdo de no entender muchas frases; por ejemplo: “Punta de flecha el áureo rostro imita”.

Me acuerdo de la directora, una señora bajita con cara de ratón que nos obligaba a usar zapatos y camisa y corbata debajo del guardapolvo blanco.

Me acuerdo de Tom y Jerry.

Me acuerdo de Thatcher y Reagan.

Me acuerdo de cuando mi papá me enseñó a anudarme la corbata.

Me acuerdo de soñar que podía atravesar las paredes y estar seguro de que podía hacerlo estando despierto. Me acuerdo de cuando lo intenté.

Me acuerdo de French y Beruti.

Me acuerdo de Patoruzú y Patoruzito.

Me acuerdo cuando la maestra te presentó, dijo tu nombre y que ibas a ser nuestra compañera ese último año. Vos mirabas al piso. Tenías una trenza larga.

Me acuerdo de tus ojos negros.

Me acuerdo de tus pecas.

Me acuerdo que decías “chavo” en vez de “chico”.

Me acuerdo del borratintas.

Me acuerdo de las cartucheras con imán.

Me acuerdo cuando dijiste que habías vivido en México hasta el mes anterior, pero que habías nacido en Argentina, adentro de una celda, y que a tu papá lo habían matado. Todo el grado se quedó en silencio y la maestra siguió con otro tema.

Me acuerdo de los domingos a la tarde.

Me acuerdo de los jacarandás.

Me acuerdo de una rosa china a la que trepaba con mi hermano.

Me acuerdo de la parrilla del patio de mi casa pero no me acuerdo de cuando mis padres quemaron libros ahí.

Me acuerdo de la colección “Los tres investigadores”.

Me acuerdo cuando tuvimos que mudarnos porque iban a demoler nuestra casa para construir una autopista que nunca hicieron.

Me acuerdo cuando le conté a mi mamá lo de la celda y tu papá. Se le humedecieron los ojos y me dio un beso, como si el que estuviera por llorar fuera yo. Al otro día, a la salida de la escuela, la vi conversando con tu mamá.

Me acuerdo de jugar todas las tardes en la vereda o en la plaza.

Me acuerdo del muñequito del Mundial 78.

Me acuerdo de la Tango, una pelota de cuero blanco y negro.

Me acuerdo de las heladerías Tucán.

Me acuerdo del chupetín chicle.

Me acuerdo de Dominique, que repetía el mismo grado año tras año. De Alfredo, que tartamudeaba. De Lucho, que era santiagueño. De Vanesa, que era rubia de ojos celestes. De Pablo, que tuvo viruela. De Gabriel, que corría más rápido que todos y era el hijo del portero del edificio donde vivía Alfredo.

Me acuerdo que a algunos chicos se los llamaba por el nombre y a otros por el apellido.

Me acuerdo del sucutrule.

Me acuerdo que casi nadie te hablaba y a mí me daba pena pero a vos no te importaba en lo más mínimo.

Me acuerdo de que te pasabas los recreos leyendo, de cómo me gustaba mirarte, de la alegría que me trepaba por adentro cuando apartabas el libro y me devolvías la mirada.

Me acuerdo de ponerme colorado.

Me acuerdo que eras zurda y para escribir torcías la carpeta sobre el banco.

Me acuerdo de los ojalillos.

Me acuerdo de repetir muchas veces una palabra hasta que me resultara extraña y sin sentido.

Me acuerdo cuando mandaron a un compañero a lavarse la lengua con jabón por insultar en clase.

Me acuerdo de escuchar la palabra “judío” usada como sinónimo de “avaro”.

Me acuerdo de haber usado la palabra “negro” para descalificar a una persona. Me acuerdo cuando mi mamá me explicó por qué usarla así era estúpido, ofensivo y hablaba mal de mí.

Me acuerdo de la culpa.

Me acuerdo de la exigencia.

Me acuerdo de pensar que dios no existía pero pedirle cosas igual, por las dudas.

Me acuerdo de Juan Pablo II y el papamóvil.

Me acuerdo de los chistes de Jaimito.

Me acuerdo cuando fui a tu casa por primera vez, con mi mamá. Era un departamentito desordenado, lleno de luz. Tu mamá se apenó porque a vos te había pasado a buscar de sorpresa tu abuela, para ir al cine. Me llevó a tu pieza (era la única pieza, tu mamá dormía en el living), me convidó galletitas y me dijo que usara los juguetes o los libros que quisiera. Mientras nuestras mamás tomaban mate y charlaban en la cocina, yo miré tus cosas. Después me senté en tu cama y entró tu perro. Le di una galletita y le dije algunas palabras que me daban ganas de decirte a vos pero no me animaba.

Me acuerdo de los dinosaurios.

Me acuerdo de los *sea monkeys*.

Me acuerdo de ver pingüinos en un acuario. Iban en fila y todos imitaban al primero, que subió a un trampolín y se tiró al agua. Detrás suyo fueron cayendo los demás. El empleado del acuario dijo que eso mismo hacían a veces los pingüinos desde un acantilado, donde terminaban muertos contra las piedras. Y que a pesar de que cada pingüino veía morir a su compañero de adelante, se arrojaba igual, de forma voluntaria.

Me acuerdo de *El show de Benny Hill*.

Me acuerdo de Queen, de The Police, de Chico Buarque y de Serrat.

Me acuerdo que eras la única del grado que tocaba la guitarra.

Me acuerdo de la profesora de Música, Viviana, que nos enseñó

una canción que hablaba de un dragón y una colina. Poco después la echaron y la directora nos prohibió volver a cantar esa canción.

Me acuerdo de Mercedes, la maestra de quinto, que cada tanto nos pedía que le hiciéramos masajes y nos contaba que su hijo iba a un colegio privado en Barrio Norte.

Me acuerdo del Circo de Moscú.

Me acuerdo de los Harlem Globetrotters.

Me acuerdo cuando te acercaste y me dijiste: “Qué pena que ayer no estaba en mi casa cuando pasaste. Fui con mi abuela a ver una película muy mala”.

Me acuerdo de *Cuenta conmigo*, *E.T.* y *Volver al futuro*.

Me acuerdo del 2 de abril de 1982.

Me acuerdo del 30 de octubre de 1983.

Me acuerdo de cuando me llevaron a visitar Campana, en la provincia de Buenos Aires, donde nací y viví apenas un año, y donde desaparecieron muchos amigos de mis padres.

Me acuerdo cuando Bárbara repartió en el grado las invitaciones para su fiesta de cumpleaños. Eran unas tarjetitas rosa con un dibujo, la dirección y la hora a la que había que ir. Me acuerdo de mi alegría al enterarme de que estabas invitada.

Me acuerdo que a medida que se acercaba el día de la fiesta yo fantaseaba muchas cosas.

Me acuerdo que mi compañero Facundo decía que se había besado con una chica más grande el verano anterior y yo no le creía.

Me acuerdo de las marcas Pibes y Coqueterías.

Me acuerdo de que empecé a practicar cómo besar. Lo hacía en la oscuridad de mi pieza, en la cama, tarde, cuando mi hermano dormía. Formaba una boca uniendo las yemas del pulgar y el índice de una mano, y apoyaba mis labios ahí.

Me acuerdo de practicar también contra la ventana fría. La marca de mis labios duraba unos segundos en el vidrio y se evaporaba.

Me acuerdo del temor a no saber y a equivocarme.

Me acuerdo de querer ganar siempre, de querer ser el mejor.

Me acuerdo de la rabia de perder, de las ganas de llorar.

Me acuerdo del orgullo y del miedo que sentí cuando volvió la democracia y mi mamá me dijo: “Mañana vas a la escuela sin camisa y con zapatillas, nadie puede obligarte a usar zapatos, ni corbata, es una escuela pública, cualquier cosa les decís que hablen conmigo”.

Me acuerdo que a las zapatillas vos las llamabas “tenis”.

Me acuerdo de mi profesor de yudo, que en el armario del vestuario, al llegar de la calle, dejaba un arma. Cuando se lo conté a mi papá me preguntó varias veces si estaba seguro y a la semana siguiente me cambió de gimnasio.

Me acuerdo que el profesor de yudo me caía simpático y lo extrañé.

Me acuerdo de *Titanes en el ring*.

Me acuerdo de cuando llegó la noche de la fiesta de Bárbara. Cómo me saludaste y sonreíste al llegar y nos sentamos juntos con vasitos de gaseosa de naranja, sin hablar. El sillón era muy blando y quedamos medio hundidos.

Me acuerdo del olor de los chizitos y de las salchichitas calientes con mostaza.

Me acuerdo de mis nervios.

Me acuerdo de los “lentos”: se bailaban en parejas, abrazados.

Me acuerdo de cómo me costó invitarte a bailar, y de que trataba de respirar poquito para que no sintieras mi panza contra la tuya, porque me daba vergüenza.

Me acuerdo de animarme a decirte, mientras bailábamos, algunas de las palabras que le había dicho a tu perro. Me acuerdo de tu silencio al escucharme. De tu mirada seria. De cómo apoyaste la cabeza en mi hombro y te quedaste así hasta que terminamos de bailar.

Me acuerdo que fue la canción más corta y más larga del mundo.

El procedimiento de este texto está inspirado en el libro *Me acuerdo*, de Joe Brainard.

Manuel no es Superman

Paula Bombara

*Ana al salir el sol
no habla ni canta
simplemente es Ana
que mira por la ventana
cómo se doblan los pastos
para que duerman las hadas.*

Fragmento de un poema
de Gastón Gonçalves a Ana Granada

¿Tu papá y tu mamá saben quiénes son? Manuel sí. Ahora sabe. No ahora ahora. Hace un tiempo que sabe. Pero no lo supo siempre. Yo tampoco lo supe siempre. Me enteré hace poco de la historia de Manuel. Me la contó mi amiga Martina. Y te la quiero contar porque... me sigue sonando adentro la voz de Martina. No sé bien por qué. Durante 19 años Manuel Gonçalves estaba seguro de que era Claudio. Claudio Novoa. Y una tarde le contaron que no, que no era Claudio Novoa, que era Manuel Gonçalves. Así nomás.

Paf.

Y se tuvo que hacer el documento otra vez. Y le preguntaron con cuál nombre se quería quedar. ¿Raro eso, no? Yo, entre Claudio y Manuel, también hubiera elegido Manuel.

Me gusta el nombre Manuel.

A Martina también le gusta. Y mientras me seguía contando yo pensaba en la historia de Superman.

Viste que Superman nació en otro planeta, uno que estaba por explotar. Kryptón, se llamaba. Entonces sus papás lo metieron en una cápsula espacial para salvarle la vida. Lo mandaron al planeta Tierra y cayó cerca de la casa de unos granjeros, los Kent. Ellos le pusieron el nombre Clark. Clark Kent. Y le dijeron que no era hijo de su sangre, que era adoptado. Claro, con los superpoderes que desarrolló no les quedó otra que decirle eso. Pero después, cuando pidió más detalles, se les complicó. “Caíste del cielo”, le dijeron. Era la verdad. Después él averiguó que venía de Kryptón. Y que su nombre real era Kal-El. De más grande averiguó.

Bueno, Manuel no es Superman.

Pero su mamá lo envolvió en unas mantas para salvarlo. Y lo escondió en un placard, lleno de almohadas. Hizo eso mientras militares y policías lanzaban granadas y gases tóxicos adentro de la casa de San Nicolás donde estaban escondidos con unos amigos. Valiente, la mamá. Ana se llamaba.

Cuando los que tenían armas entraron en la casa ni pensaron si los de adentro eran valientes: los mataron a todos y chau.

A Ana la mató uno que se llama Carlos.

Esto pasó en 1976. Noviembre, creo. El día no me lo acuerdo porque estaba mirando la cara de Martina mientras me contaba. Hace una sonrisa como de costado que me gusta y... no me acuerdo el día. La cosa es que Manuel quedó adentro del placard. Y cuando los policías dejaron de disparar lo escucharon. Lo escucharon porque lloraba. Lloraba un montón.

Parece de película. Un placard todo hecho pelota, no se ve nada por el humo y el sonido de un llanto de bebé. Lo buscaron, lo encontraron, vieron que estaba medio sin respirar y lo llevaron al hospital.

Ahí los médicos lo curaron y, cuando quisieron llevarlo con el resto de los bebés, los policías les dijeron que no, que ese bebé tenía que estar solo. Solo con dos policías en la puerta. Como si estuviera preso.

Cinco meses, tenía.

Más de cien días lo tuvieron así.

Cuando escuché esto se me estrujó la panza. Mamá dice que de los cinco a los nueve meses los bebés cambian un montón, aprenden millones de cosas. Cosas que después nos olvidamos pero que en algún lugar del cerebro están. Saber eso es lo que me estruja la panza. Saber que a Manuel se le quedó adentro todo ese tiempo solo.

Lo usaron de carnada. Martina dijo esa palabra: carnada. Yo pregunté, no sabía lo que era. Es lo que se pone en el anzuelo de las cañas de pescar. Para atrapar peces. Querían atrapar a los que fueran a preguntar por el bebé.

Yo creí que así habían atrapado al papá de Manuel. Porque Manuel tampoco tiene papá. Pero no. Martina me dijo que no fue así. Gastón se llamaba el papá.

Me gustan los nombres Ana y Gastón.

Al papá lo habían atrapado antes, cuando Manuel todavía no había nacido.

Eso fue en una ciudad que se llama Escobar y está al norte de la provincia de Buenos Aires. Creo. No soy muy bueno en geografía. No importa. Lo secuestró otro policía, uno que se llama Luis Abelardo. Lo secuestró y jamás dijo adónde lo llevó. Lo desapareció. Y tardaron como veinte años en encontrar los huesos. Estaban en una tumba sin nombre del cementerio de Escobar.

Lo secuestró en 1976, justito el 24 de marzo. Esa fecha es fácil acordársela porque no hay escuela ese día. Es el Día de la Memoria. Y en la casa de Manuel todos se acuerdan mucho de Gastón y de Ana. Y van a la marcha. Yo quiero ir a la marcha que viene. Quiero ir con Martina.

Estuvo muy mal lo que les hicieron. Yo por un momento pensé que Ana y Gastón habían sido supervillanos o espías o algo así, como se ve en las películas. Pero no. Eran personas de verdad, parecidas a

tus abuelos, que seguro no están de acuerdo con todo lo que dice el gobierno que hay ahora. Mi papá me dijo que lo que era distinto era justamente eso, el gobierno.

Era una dictadura.

Hicieron pedazos la democracia dijo mi papá. Y empezaron a agarrar o a matar a todos los que no pensaban como ellos. Y listo. Ya está. Al que no le guste, ¡pum!

A Ana y a Gastón no les gustó.

A mucha gente no le gustó.

Si yo hubiera sido grande en esa época, no me hubiera gustado tampoco.

Mi papá también me dijo que lo ponía contento que habláramos de la dictadura así, sin vueltas. Porque los militares no tuvieron vueltas a la hora de disparar y desaparecer gente, así que nosotros no tenemos por qué dar vueltas para hablar con la verdad.

Mi papá y mi mamá saben quiénes son.

Se ve que a los grandes hablar de la dictadura los pone mal. A mí no. Me da cosa que haya pasado pero bueno, qué sé yo. Tampoco me da miedo, porque los que hicieron eso tienen que estar presos.

Eso está bueno. Que los metan presos.

Después de los cuatro meses solo en el hospital, un juez dio la orden de que dieran ese bebé robado para que lo adoptaran los Novoa en otra ciudad. Y los tuvo vigilados mucho tiempo. No averiguó ni un poquito adónde estaba la familia de Manuel. Se sacó el tema de encima y el bebé fue a parar a Quilmes, donde los Novoa lo adoptaron. Manuel quiere a sus papás adoptivos. Elena y Luis se llamaban. Ellos le pusieron Claudio. Claudio Novoa. Y le dijeron desde un principio que era adoptado.

Mientras Manuel crecía siendo Claudio, su abuela Matilde lo estaba buscando como loca. Matilde era una de las Abuelas de Plaza de Mayo. Y no paró de buscarlo ni un minuto.

Porque en San Nicolás, que es donde mataron a la mamá, todos sabían que al bebé lo habían llevado al hospital. Lo que no sabían era que estaba con los Novoa en Quilmes.

Martina me dijo que Manuel creció sin saber nada nada nada de todo esto.

Hasta que un día, un señor que se llama Alejandro golpeó la puerta de su casa y le contó. Era un científico que identifica huesos, del equipo que colabora con las Abuelas de Plaza de Mayo. Alejandro y otras personas del equipo además ayudaban a Matilde a encontrar a su familia. Tenían juntados un montón de datos sobre el bebé robado en San Nicolás, sobre lo que había hecho el juez, sobre la familia que lo había adoptado y bueno, con todo eso Alejandro agarró y se fue a la casa donde vivían Manuel y su mamá adoptiva.

Acá ya no se parece a Superman porque a Manuel lo sacaron de un lugar y lo dejaron en otro para inventarle otra vida. A propósito lo hicieron. Fue en un viaje mucho más corto que el de Superman, pero de verdad que lo dejaron en un planeta extraño, sin su nombre y con una historia borrada. Lo que me da bronca es que Manuel se preguntaba si su familia de sangre lo había abandonado y era todo lo contrario. Eso es muy injusto. Tanto como que hayan matado a su papá y a su mamá. Bronca o pena me da. No sé muy bien qué me da. Algo de eso.

Martina me dijo que Manuel va a hacer que la Justicia los condene a todos, que está trabajando en eso todos los días.

Por suerte lo encontraron y pudo conocer a su abuela Matilde y pasar unos años con ella. Y también tiene tíos y tías y primos y primas y hasta con un hermano se encontró. Resulta que Gastón, el papá de Manuel, había tenido un hijo antes, con otra mujer. Un hijo que se llamaba Gastón como él. Y ese hijo Gastón, apenas supo que tenía un hermano menor también se puso a buscarlo.

Así que cuando Manuel se enteró de todo, también se encontró con que tenía un hermano más grande. Y encima, que su hermano era músico de una banda que a él siempre le había gustado: Los Pericos. Fue gracioso porque cuando el científico le dijo que tenía un hermano que era bajista de Los Pericos, Manuel se levantó de la silla, buscó un cd del grupo para verles la cara y le preguntó cuál era.

Había mirado a su hermano mil veces y no lo sabía.

Hasta estuvieron juntos sin saber que eran hermanos, uno arriba del escenario y otro abajo, saltando y bailando mientras lo escuchaba. Qué loco, ¿no? Aunque más loco todavía es que anda mucha gente de la edad de nuestros papás y mamás que no tiene ni idea de quiénes son de verdad. Todavía hay como cuatrocientas personas que no saben que las robaron, o que saben que fueron adoptadas y nada más que eso. Gente a la que están buscando hace años y años...

Uy. No sé si estuvo bien que le dijera a Martina lo de Superman.

Superman no existe, Manuel sí; es una persona de verdad. Aunque le hayan inventado una parte de la vida, lo que le pasó le pasó de verdad... Espero que Martina no piense que soy un tonto.

Lo que le voy a decir a Martina es que estuve pensando que las que se parecen más a los superhéroes son las Abuelas de Plaza de Mayo, que siguen buscando y buscando. ¡Otra que la Liga de la Justicia!

Yo creo que si Manuel, Gastón y otras personas grandes como ellos que tienen historias parecidas viven tranquilas, a veces más felices y otras menos, como cualquiera, es porque saben quiénes son. Porque ya no tienen ninguna duda. Martina me dijo que lo que sí tienen, y mucha, es alegría. Por haberse encontrado. Ella debe saberlo bien porque Manuel es su papá.

Me gusta el nombre Martina.

Mucho me gusta.

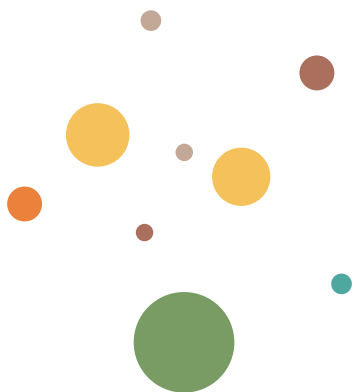




Texto: María Teresa Andruetto / Ilustración: Poly Bernatene

Lección de piano

Brilla el asfalto como un vestido de seda bajo las luces de un teatro. Otra vez marzo en la avenida que lleva a la maestra de piano. La llovizna humedece los silos, la alameda, la resaca de la noche en el billar. Alguien seca al sol las fachadas de laja en las casas del centro. Levantan puntos de media las chicas de Los Vascos y el verano peina el pelo en colas de caballo. Cuando sea grande, seré concertista, dice a todos la niña que va a piano. Serás profesora, dice la madre a la vuelta de los años. Piensa en eso la niña mientras muerde la madera del piano. Va su pensamiento lejos del pueblo, más allá de la maestra y del verano.





Viviana Bilotti

Aquella pregunta

¿Cómo es posible que siga amaneciendo?, nos preguntamos cuando no volvieron.

En verdad, amanecía como si tal cosa. La gente se alarmaba por sus pequeñas grietas, controlaba que no hubiese agujeros en sus bolsillos, ni ventanas abiertas en sus almas.

Pero el tiempo, que de tonto no tiene un solo pelo, nos enseñó que era al revés; exactamente al revés de nuestro primer llanto. Fue por ellos, por los que no volvieron, que siguió amaneciendo. Y amanece.



Sobre quienes escribieron e ilustraron esta antología

Max Aguirre es ilustrador, historietista y humorista gráfico. Nació en Hurlingham en 1971. Trabaja para una gran cantidad de editoriales, revistas y periódicos. Sus libros de historietas cuentan con numerosas lectoras y lectores de todas las edades dentro y fuera del país.

María Teresa Andruetto es escritora. Nació en Arroyo Cabral en 1954. En 2012, recibió el Premio Hans Christian Andersen por su obra literaria. La calidad de sus trabajos literarios y su obra teórica la posicionan como una de nuestras escritoras más importantes.

Adela Basch es escritora, traductora y editora. Nació en Buenos Aires en 1946. Es una de las referentes argentinas más importantes de la dramaturgia dirigida a niñas y niños. Sus obras han recibido numerosos reconocimientos. Es fundadora y directora de la editorial Abran Cancha.

Cristian Bernardini es ilustrador, dibujante y diseñador gráfico. Nació en Buenos Aires en 1975. Su versatilidad le ha permitido destacarse en distintos espacios gráficos: tapas de libros, ilustración publicitaria, científica, infografías, historietas, videos institucionales y diseños textiles.

Pablo Bernasconi es escritor, ilustrador y diseñador gráfico. Nació en Buenos Aires en 1973. Ha sabido crear un estilo propio en sus ilustraciones, que lo hacen altamente reconocible aquí y en el mundo entero. Su obra ha sido premiada nacional e internacionalmente.

Poly Bernatene es ilustrador, animador gráfico y docente. Nació en Buenos Aires en 1972. Autor de más de cien libros publicados y reconocidos en distintas partes del mundo, también se ha desarrollado como gestor cultural desde la presidencia de la Asociación de Dibujantes Argentinos.

Viviana Bilotti es ilustradora, pintora y docente. Nació en Ciudadela en 1972. Trabajó en la encuadernación y realizó escenografías. Además de ilustrar numerosos libros de literatura para niños y niñas, es profesora de grabado en el colegio secundario Fernando Fader.

Liliana Bodoc fue escritora, licenciada en Letras y docente. Nació en Santa Fe en 1958 y falleció en Mendoza en 2018. Sus obras, premiadas en todo el mundo, y su pensamiento teórico la han colocado entre las escritoras argentinas más destacadas. Su literatura es muy leída y estudiada.

Paula Bombara es escritora, investigadora y comunicadora científica. Nació en Bahía Blanca en 1972. Dirige el proyecto

literario de Abuelas de Plaza de Mayo Ovillo de trazos. Sus obras, tanto literarias como de comunicación pública de las ciencias, han sido reconocidas nacional e internacionalmente.

Gabriela Burín es ilustradora, escritora y docente. Nació en Buenos Aires en 1983. Sus obras, publicadas en varios países, han sido ampliamente reconocidas. Además de dibujar y escribir, da clases de ilustración en su propio espacio: el Taller Dos Meninas.

Marcela Calderón es ilustradora de libros infantiles. Nació en San Nicolás en 1969. Sus trabajos han merecido reconocimientos tanto nacionales como internacionales. Además de dibujar, ama la lectura y la música.

Laura Devetach es escritora, narradora, licenciada en Letras Modernas y docente. Nació en Santa Fe en 1936. Es una de las autoras de literatura para niñas y niños más importantes de nuestro país. Ha publicado más de noventa títulos, algunos de los cuales fueron prohibidos durante la dictadura.

Ángeles Durini es escritora y docente. Nació en Maldonado, Uruguay, en 1957. Desde muy pequeña vive en Buenos Aires. Ha publicado numerosos libros destinados a niñas y niños reconocidos tanto nacional como internacionalmente. Además de escribir, da clases en talleres literarios.

Marina Elberger es escritora y licenciada en Ciencias de la Educación. Nació en Buenos Aires en 1973. Además de escribir, es parte del equipo editorial de la colección Chiribitil en Eudeba. El cuento incluido en esta antología ganó el concurso literario “De Ana Frank a nuestros días”.

Elissambura es ilustradora y diseñadora. Nació en Mar del Plata en 1975. Se dedica exclusivamente a la ilustración infantil y al campo de la edición. Utiliza todo tipo de técnicas, tanto tradicionales como digitales. Trabaja desde Rosario para el mundo entero.

Laura Escudero es psicóloga, escritora y docente. Nació en Córdoba en 1967. Sus novelas, cuentos y poesías, principalmente destinados a niñas, niños y jóvenes, han recibido importantes premios. Además de escribir, se dedica a la promoción de la lectura.

Andrea Ferrari es periodista y escritora. Nació en la Ciudad de Buenos Aires en 1961. Fue coordinadora periodística de la revista *El porteño*; integró el *staff* original del diario *Página/12*. Desde que se dedica a la literatura ha ganado numerosos premios y su obra ha sido publicada en muchos países.

Ximena García es ilustradora, escritora y diseñadora gráfica. Nació en Buenos Aires en 1977. Diplomada en literatura infantil, además de dibujar y publicar en el país y en el exterior, dirige talleres de ilustración para grandes y chicos.

Ricardo Mariño es escritor, periodista y guionista. Nació en Chivilcoy en 1956. Goza de gran reconocimiento por sus numerosos y exitosos cuentos para niñas y niños. Además de literatura, ha escrito guiones de televisión. Fue parte del consejo directivo de la revista *La mancha*.

Mario Méndez es escritor, editor y docente. Nació en Mar del Plata en 1965. Es autor de numerosos cuentos y novelas,

fundamentalmente para niñas, niños y jóvenes, que recibieron múltiples premios. Además de escribir y dar clases en la carrera de Edición de la UBA, es cofundador y director de la editorial Amauta.

Diego Moscato es ilustrador, fotógrafo y docente. Nació en Buenos Aires en 1977. Es un apasionado del lenguaje visual como proceso creativo/narrativo. Ha ilustrado numerosos libros de ficción y de no ficción. Da clases de fotografía y de ilustración a nivel universitario.

Iris Rivera es escritora, profesora de Filosofía y Ciencias de la Educación, y formadora de escritoras y escritores. Su trayectoria docente y su obra literaria, especializada en literatura infantil, han sido ampliamente reconocidas.

Alina Sarli es ilustradora, diseñadora gráfica, tallerista y bibliotecaria. Nació en la Ciudad de Buenos Aires en 1981. Diplomada en literatura infantil, disfruta de generar contenidos y talleres para niñas y niños desde la literatura y la expresión creativa.

Nicolás Schuff es escritor y docente. Nació en Buenos Aires en 1973. Estudió literatura y periodismo, trabajó como librero y corrector. Además de cuentos y novelas, publicó libros ilustrados que recibieron importantes premios. Su estilo se caracteriza por el trabajo lúdico con el lenguaje.

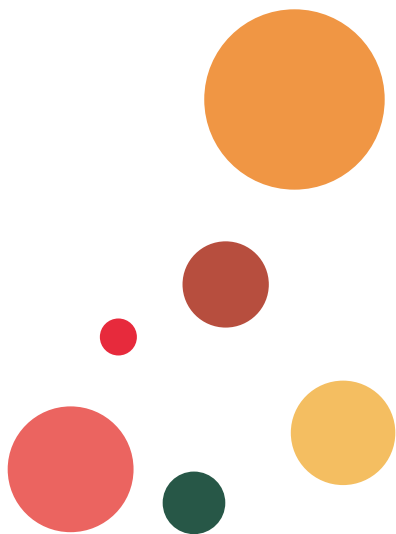
Silvia Schujer es escritora, compositora y profesora. Nació en Olivos en 1956. Dirigió coros infantiles, trabajó en discográficas e integró el consejo directivo de la revista literaria *La mancha*. Su obra narrativa y sus textos poéticos han recibido numerosos reconocimientos.

Matías Trillo es ilustrador, animador gráfico y docente. Nació en Buenos Aires en 1972. Dueño de un estilo único, trabaja para múltiples editoriales, agencias de publicidad y productoras audiovisuales de Argentina y del exterior. Sus libros han recibido múltiples reconocimientos.

Franco Vaccarini es escritor. Nació en Lincoln en 1963. Fue director editorial de Galerna y de Ediciones SM. Es autor de más de cien títulos y uno de los escritores más leídos del país. Sus obras, especialmente las que publicó para niñas, niños y jóvenes, han recibido múltiples premios.

Javier Villafañe fue titiritero, poeta y narrador. Nació en Buenos Aires en 1909 y falleció en la misma ciudad en 1996. Con su carreta La Andariega recorrió Sudamérica, acercando sus obras de títeres y su literatura a miles de niñas y niños. Recibió importantes premios por su trabajo.

Rafael Urretabizkaya es escritor y docente. Nació en Dolores en 1963. Desde 1987, ejerce como maestro en diferentes comunidades rurales neuquinas. Su obra literaria, compuesta por cuentos, novelas, obras de títeres, canciones y poesías ha recibido numerosos reconocimientos.



“El reencuentro”

© Rafael Urretabizkaya

“El caballo que perdió la cola”

© Herederos de Javier Villafañe

© Editorial Colihue

“Vicente y Sofia”

© Rafael Urretabizkaya

“Abuela de trapo”

© Ángeles Durini

© Editorial Universitaria Argentina

“Canta, Nakín”

© Herederos de Liliana Bodoc

© Random House Mondadori

Adaptación autorizada: Paula Bombara

“La frontera”

© Marina Elberger

© Editorial Universitaria de Buenos Aires

“La canción más corta y más larga del mundo”

© Nicolás Schuff

© Norma Editorial

“Manuel no es Superman”

© Paula Bombara

© CalibroscoPIO Ediciones

Se agradece a Silvia Schujer, Elissambura, Andrea Ferrari, Max Aguirre, Laura Devetach, Cristian Bernardini, Iris Rivera, Marcela Calderón, Mario Méndez, Alina Sarli, Ricardo Mariño, Pablo Bernasconi, Paula Bombara, Matías Trillo, Adela Basch, Ximena García, Franco Vaccarini, Gabriela Burin, Laura Escudero, Diego Moscato, María Teresa Andruetto, Poly Bernatene, Viviana Bilotti y a los herederos de Liliana Bodoc por haber autorizado la reproducción de sus obras en este libro.

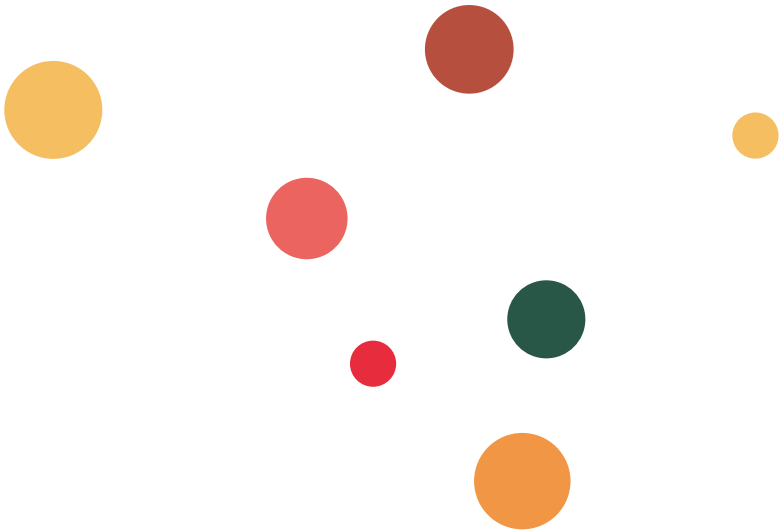




Aprender. Desaprender. Aprender.

*Permitir que la memoria te habite
hasta ser con ella una sola.*

Liliana Bodoc



A 45 años de la conformación de Abuelas de Plaza de Mayo, retomar el proyecto Las Abuelas nos cuentan significa enriquecer una línea de trabajo centrada en la literatura, la escucha y el diálogo en tanto oportunidades para continuar la construcción colectiva de memoria y comunidades comprometidas con los Derechos Humanos desde las escuelas.

La colección Las Abuelas nos cuentan surgió en 2006 y, desde entonces, esos cuentos —más los que se sumaron en 2012— forman parte de las acciones del Plan Nacional de Lecturas, lo que posibilitó que fueran leídos por chicas y chicos de todo el país durante mucho tiempo, además de ser distinguidos como colección con el Premio Nacional y Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil “La Hormiguita Viajera”.

En esta oportunidad, a los relatos ya conocidos, que siguen disponibles en formato digital, sumamos esta antología, que reúne la colección desarrollada en 2015 desde la organización Abuelas de Plaza de Mayo, Ovillo de trazos 1 - Historias que abrazan, y ocho nuevos cuentos para el nivel inicial y primario, de autoras y autores de nuestro país.

Con esta nueva edición, seguimos sosteniendo alto e íntegro el compromiso democrático y, como formulan las Abuelas, “las y los invitamos a que compartan estas lecturas en familia, en sus salas o aulas, o con sus amigas y amigos, para que sean también ustedes quienes muevan esta rueda de amor colectivo”.

